

ZAKARIA, FAREED, *DIEZ LECCIONES DE LA POSTPANDEMIA, 2021*, PAIDÓS, ISBN 9788449338052

Bestseller de *The New York Times*



FAREED ZAKARIA

DIEZ LECCIONES PARA EL MUNDO de la POSTPANDEMIA

PAIDÓS

Parece fútil argüir que el COVID-19 aceleró nuestra historia y provocó una gran desorientación. El mundo postpandémico puede de considerarse una versión apresurada del mundo previo que conocimos. Bajo esta premisa, el polifacético periodista, presentador de la CNN y escritor Fareed Zakaria despliega sus ideas en la nítida obra que se reseña a continuación.

En una referencia clásica, Max Weber hablaba de regímenes «patrimoniales» o clientelares, en los que el gobierno lo detenta un caudillo o un hombre fuerte. Zakaria sostiene que, frente al populismo, no hemos de cerrar el mundo. En ese sentido, ciertos resortes como las políticas fiscales pueden modularse para coadyuvar en mayor medida a los trabajadores (y sus rentas del trabajo) y menos al capital. La apuesta política y legislativa debe adoptar una consistente financiación en educación en pos de una mejor enseñanza; la aspiración debería potenciar a los ciudadanos en un entorno dinámico, digitalizado y sostenible (por duradero).

Sabido es que en la vida pueden encontrarse exigüas certezas, pero dos de ellas parecen inevitables:

- la muerte
- y los impuestos.

Hemos de distinguir entre la desigualdad global (medible con el índice GINI), que ha disminuido

Cómo citar este artículo: Coronas Valle, D. (2025). Zakaria, Fareed, *Diez lecciones de la postpandemia, 2021*, Paidós, ISBN 9788449338052. *TSN. Revista de Estudios Internacionales*, (19), 184-186. <https://doi.org/10.24310/tsn.19.2025.20531>. **Financiación:** este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

entre los países (véase la mejora de India, China, etcétera), y la desigualdad interna entre los ciudadanos pobres y ricos dentro de cada país: la brecha. Según el coeficiente GINI, Estados Unidos es el país occidental con mayor desigualdad (el 10 % de su población detenta el 70 % de la riqueza de la nación y el 50 % de la parte pobre solo alcanza el 1,5 % de los activos). Resulta evidente, pues, que el sueño del presidente Reagan para solucionar la pobreza en los ochenta no era más que una falacia, una absurda quimera. Y el COVID-19 ha acentuado las divisiones (véase, por ejemplo, la tasa de mortalidad en los diferentes barrios de Nueva York en la última década).

Siguiendo a Sandel¹, cuando todo puede comprarse, la desigualdad aumenta. No es lo mismo comprar un coche o una vivienda que comprar el teléfono de un médico, un sitio en una prisión o una plaza VIP en un comedor de una residencia universitaria, o incluso comprar la ciudadanía de un Estado o ciertos favores políticos de un *lobby* en el Congreso estadounidense. Estas prácticas, efectuadas por grupos de presión, favorecen la corrupción y corroen las democracias. Ello reduce la confianza cívica en un sistema (y unas instituciones) justo y común para todos. Por desgracia, aunque la pandemia afectó indistintamente a ricos y pobres, las diferencias entre sanos y enfermos se exacerbaron según quién contraía el virus. La Administración Trump aprovechó la pandemia, rompiendo la tradición por la cual Estados Unidos desde 1945 ha apoyado el comercio libre y abierto, para desconectar de China como país proveedor de suministros; de tal suerte, potenció que ciertas empresas retornasen a su origen (Estados Unidos) mediante la concesión de exenciones tributarias a las exportaciones estadounidenses. No obstante, este proceso de relocalización combatió contra la lógica de la geopolítica y de la globalización. Los costes de producción decrecen cuando se fabrica fuera de Estados Unidos, ya que los salarios de los trabajadores en otros países son inferiores. Por otra parte, las grandes economías occidentales (Alemania y Francia) tienden a orientarse a los servicios y no a la producción industrial. Por consiguiente, puede afirmarse que las economías avanzadas son economías de servicios casi por definición (el 10 % del volumen global lo constituye la producción industrial). Los servicios muestran una mayor dificultad para ser exportados, ya que constituyen un elemento local (banca, jurídicos, sanidad, consultoría) que suele ser apoyado por la legislación local, pudiendo incluso globalizarse.

¹Sandel, M. (2013). *Lo que el dinero no puede comprar: Los límites morales del mercado*, Barcelona: Debate.

Estados Unidos está aquejado hoy de varios problemas: la desigualdad, el racismo, las armas de fuego, etcétera. Estos provocan que el modelo estadounidense muestre una franca decadencia. A pesar de ello, se trata de un país que concentra el 25 % del PIB mundial y que supera a sus dos perseguidores juntos: China y Japón. Por tanto, hablamos de un coloso económico que, pese a sus contradicciones internas, parece lejos de periclitar. Además, no debe obviarse que la moneda reserva mundial sigue siendo el dólar estadounidense.

Con este marco de referencia, el crecimiento económico y político de las últimas dos décadas ha propiciado una senda de independencia y cierto rechazo a la influencia global estadounidense (China, Brasil, Turquía o Indonesia constituyen claros ejemplos). A medida que China ha aumentado su poder económico, ha decrecido el de la Unión Europea (UE) en vez de el de Estados Unidos (estable desde los años ochenta). Como dato comparativo, Alemania tiene una economía equivalente a una cuarta parte de la china, India una quinta parte y Rusia una octava parte de la china, pese a su poderío nuclear (el presupuesto militar ruso supone un una cuarta parte del chino). Desde la llegada de Xi Jinping (2012), China se ha convertido en un actor internacional relevante y activo otorgando créditos internacionales o a través de «la diplomacia de las mascarillas» durante el COVID-19.

Las tensiones entre China y Estados Unidos parecen, pues, inevitables, si bien el conflicto no debe serlo. De hecho, puede existir la bipolaridad sin guerra, tal y como ocurrió entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante cincuenta años de Guerra Fría, que concluyó sin enfrentamientos directos y con la desintegración del bando soviético.

Habida cuenta de todo ello, Zakaria considera que el «mercado-leninismo» chino no representa en realidad ningún modelo social alternativo al occidental. Lo considera una combinación del capitalismo liberal con un alto grado de represión política sobre los derechos cívicos individuales. Más que una ideología coherente con el país, el régimen chino simboliza un singular ejercicio de equilibrio sin parangón en el mundo actual. Sin embargo, el gigante asiático comercia más que nunca con Estados Unidos (a diferencia de Rusia, que estuvo aislada en su día) y simultáneamente se percibe una gran interconexión económica con otras potencias. Todo ello se vertebraba en un contexto marcado por dos axiomas incuestionables:

– Nos hallamos en el período de paz más extenso entre las grandes potencias.

– Estamos en el período económico de la historia de la humanidad en el que mayor número de personas ha salido de la pobreza.

En ese escenario, el éxito del modelo chino se fundamenta en tres pilares:

- un cambio de modelo económico comunista a otro basado en el mercado,
- un espectacular aumento de la producción
- y una elevada tasa de ahorro, que le permite grandes inversiones de capital.

La China regida por Xi se enfrenta a dos alternativas:

a) Ralentizar las reformas legales, económicas y regulatorias, y atascarse en la trampa de las rentas medias y frenar el crecimiento del PIB, según la tendencia impuesta por la pandemia.

b) Virar hacia un nacionalismo y proteccionismo, lo cual la conduciría inexorablemente a perpetuar la situación actual y pondría en peligro parte del crecimiento conseguido hasta la fecha.

Según el autor, una vía coherente para que Estados Unidos limite el posible expansionismo chino sería que participara activa y consecuentemente en las instituciones internacionales, no saltándose las reglas. En ese supuesto, China dejaría de tener argumentos y precedentes para actuar de igual modo. Conviene recordar que, de manera inusual en otras guerras, tras la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos optó por ayudar a los vencidos en la reconstrucción (como con Alemania). Sin embargo, coincidimos con Zakaria en que, con la presidencia de Trump, el interés estadounidense por el bien común se tornó en proteccionismo, nacionalismo y populismo, mientras abandonaba el rol consustancial de arquitecto del sistema político internacional. La pandemia aceleró y agudizó ese giro egoísta, de modo que Estados Unidos dejó de ser líder del mundo libre y gerente del sistema multilateral vigente (sin ir más lejos, entre otros ejemplos, su actitud en la búsqueda y distribución de una vacuna contra el COVID en comparación con los esfuerzos de la Administración Bush en la lucha contra el sida o de la Administración Obama frente al virus del ébola). Ese papel global central y organizador no suele ejercerse por otras naciones

(véase el caso casi desconocido de la colaboración entre la Unión Soviética y Estados Unidos en 1958 para erradicar la viruela mediante una vacuna).

En el nuevo equilibrio multilateral (que no multipolar), todos los países y bloques pueden ostentar un papel (India, Rusia, Brasil), de forma que el sistema resultante devenga más democrático y participativo. La propuesta fiscal de un tipo mínimo en el impuesto de sociedades por parte de Naciones Unidas (ONU) frente a la propuesta de la OCDE es una buena prueba de ello. La agenda sobre el medioambiente o el reto regulatorio que supone la inteligencia artificial (IA) ejemplifican esta nueva faceta del multilateralismo y la cooperación internacional. Para evitar una segunda Guerra Fría, protagonizada en esta ocasión por China y Estados Unidos, sería preciso que actores como la UE e India asumiesen un mayor protagonismo y liderazgo presentando iniciativas en diversos ámbitos. Conviene recordar que en la Unión Europea la pandemia inicialmente separó a los Estados miembros, pero terminó siendo un factor catalizador de la cohesión entre los mismos.

En un contexto internacional caracterizado por la permanente tensión entre integración y aislamiento, la tendencia a la gobernanza global quizás sea el único camino legítimo para transitar con solidez ante los problemas actuales que muestran evidentes rasgos comunes. Queda, pues, en nuestras manos maximizar la oportunidad de cambio que la pandemia propició.

Por todo ello, sostenemos con Zakaria que creer que la cooperación puede cambiar el mundo no es idealismo, sino sentido común, ya que de esta forma pueden implantarse soluciones duraderas y resultados eficaces frente a la actuación individual de las naciones.

Daniel Coronas Valle
Universidad de Málaga (España)
<https://orcid.org/0000-0001-7918-2588>